

III

Sin embargo, la desventura del landgrave no era tan terrible como él se diera á entender. Otón se había echado al río, no para buscar la muerte en él, sino la libertad. Criado en las márgenes del Rhin, éste era un amigo contra el cual ensayara con demasiada frecuencia sus jóvenes fuerzas para temerlo. Zambullóse pues Otón hasta lo más profundo, nadó entre el agua tanto cuanto se lo permitió su respiración, y, al reaparecer en la superficie para tomar aliento, la barca estaba tan lejos y la noche tan negra, que los guardas que lo acompañaban pudieron creer que había quedado sumergido en la corriente.

Otón se apresuró á llegar á la margen; y como la noche estaba fría, y sus ropas chorreaban agua, y tenía necesidad de fuego y cama, el doncel se encaminó hacia la primera casa de la que vió brillar las ventanas en medio de la oscuridad, y se presentó en ella como caminante extraviado. Como era imposible conocer si Otón estaba mojado por la lluvia del cielo ó por el agua del río, no despertó sospecha alguna, y le concedieron hospitalidad con toda la franqueza y la discreción alemanas.

El doncel partió al día siguiente, al amanecer, y se dirigió hacia Colonia. Era el santo día del domingo, y como entró en aquella ciudad á la hora de la misa, siguiendo á la muchedumbre tomó el camino del templo; que también él tenía que suplicar á Dios, primeramente por su padre á causa del error y del aislamiento en que lo dejara, luego por su madre encerrada en un monasterio, y finalmente por él, libre pero sin apoyo y perdido en la inmensidad del mundo, de ese mundo que todavía no le mostrara otro horizonte que el del castillo natal.

Otón se escondió tras una columna para orar, porque encontrándose, como se encontraba, tan próximo á Godesberga, podía ser conocido por algunos de los señores que habían asistido á la fiesta de la víspera, ó por el arzobispo mismo de Colonia, Varelando de Juliers, uno de los más antiguos y más fieles amigos de su padre.

En orando, Otón miró en torno de sí y vió con asombro que entre los fieles había un número tan considerable de arqueros de diferentes países, que de pronto se dió á entender que la misa aquella la celebraban en honor de San Sebastián, protector de la corporación; pero al interrogar al arquero que más cerca de él estaba, supo por boca de aquél que se dirigían á la fiesta del arco, que todos los años y por el mismo tiempo daba el príncipe Adolfo de Cléveris, uno de los señores más ricos y famosos de cuantos poseían castillos entre Estrasburgo y Nimega.

Otón se salió del templo inmediatamente, se informó de cuál era el mejor sastre de la ciudad, trocó su traje de terciopelo y de seda por un jubón de paño verde ceñido por un cinturón de cuero, compró un arco de la mejor madera de arce que

pudo hallar, y escogió una aljaba con doce flechas; luego preguntó en qué hospedería solían reunirse los arqueros, y habiéndole respondido que en la de la *Garza de oro*, situada en el camino de Verdinga, fuera de la puerta del Águila, á ella se encaminó.

En efecto, Otón encontró en la *Garza de oro* unos treinta arqueros que estaban celebrando un *gaudeamus*, y se sentó entre ellos, que aunque no lo conocían, le recibieron bien gracias á su juventud y á su buena presencia. Por otra parte, Otón había preparado el terreno diciendo desde luego que iba á Cléveris para tomar parte en la fiesta del arco y que deseaba hacer el camino con tan honrada y alegre compañía; proposición que fué aceptada por unanimidad.

Como todavía faltaban tres días para la fiesta del arco, y como el domingo es día santó consagrado al reposo, los arqueros no se pusieron en camino hasta la mañana siguiente, avanzando por la orilla del río y hablando alegremente de hechos de caza y de guerra.

Camino andando, los arqueros notaron que Otón no llevaba pluma en su toca, lo cual era contrario á la uniformidad, pues cada uno ostentaba una pluma, despojo y trofeo al mismo tiempo de algún pájaro víctima de su destreza, y le dirigieron algunas cuchufletas respecto de su arco y de sus flechas, uno y otras flamantes. Otón confesó sonriéndose que ni arco ni flechas habían servido aún, pero que, gracias á ellos, á la primera coyuntura vería de procurarse el adorno indispensable que faltaba á su tocado. En consecuencia, puso tenso su arco, hecho lo cual, los arqueros aguardaron con curiosidad la ocasión de juzgar de su habilidad de su nuevo compañero.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

No faltaban las ocasiones; un cuervo estaba graznando en la pelada rama superior de una encina, y los arqueros mostraron riendo aquel blanco á Otón; pero éste respondió que el cuervo era un animal inmundo, y, por lo tanto, indigno de que sus plumas adornaran la toca de un arquero. Como Otón había dicho la verdad, los alegres viajeros se contentaron con la respuesta.

Un poco más allá, los arqueros divisaron un gavilán inmóvil en el ápice de una peña, é hicieron la misma proposición al doncel; el cual replicó que el gavilán era ave noble, y como tal, sólo podían cazarla los nobles, y como él era hijo de labriego, no se propasaría á matar una ave como aquella en las tierras de un señor tan poderoso como el conde de Woringen, de quien en aquel momento atravesaban las propiedades. Aunque, en la esencia, la respuesta del doncel estaba en su punto, y tal vez ni uno de los arqueros se hubiera atrevido á ejecutar la acción que aconsejaban á su nuevo compañero, aquéllos acogieron la respuesta con sonrisa más ó menos burlona; y es que empezaban á darse á entender que Otón, poco seguro de su destreza, buscaba retardar el instante de dar de ella una prueba tan decisiva como la que le pedían.

Otón vió y comprendió la sonrisa de los arqueros; pero hizo que no reparaba en ella, y siguió adelante riendo y conversando, cuando prontamente y á unos cincuenta pasos del animado grupo se alzó una garza de las márgenes del río.

Volvióse entonces el doncel hacia el arquero que iba á su lado, tirador de los más diestros, según le manifestaron, y le dijo:

—Hermano, para mi toca quisiera yo una pluma de aquel pájaro; vos que sois el más experto tirador de nosotros, hacedme la merced de derribarlo.

—¿Al vuelo? preguntó con admiración el arquero.

—¡Y pues! replicó Otón; ved cuán pesadamente se remonta; apenas se ha levantado diez pasos desde que ha dejado el suelo, y sólo está á medio tiro de flecha.

—¡Tira, Roberto, tira! profirieron á una los arqueros.

Roberto hizo con la cabeza una señal indicativa de que se disponía á complacer á sus amigos más por obediencia que no en la esperanza de triunfar; mas no por eso dejó de apuntar con toda la atención de que era capaz.

La flecha disparada por un brazo robusto y dirigida por una mirada experta, partió, y, seguida por los ojos de todos, pasó tan cerca del pájaro, que éste lanzó un grito de espanto al que respondieron las aclamaciones de los arqueros.

—Buen flechazo, dijo Otón. Y volviéndose hacia el arquero que estaba á su izquierda, añadió: Ahora vos, Hermann.

Sea que aquel á quien el doncel se dirigía esperara tal incitación, ó que le hubiese arrastrado el ejemplo, lo cierto es que estaba preparado en el instante en que Otón le dirigió la palabra, y que apenas se la hubo dirigido, otra flecha tan hábil y rápida como la primera persiguió al fugitivo, que lanzó otro grito al oír silbar á pocas pulgadas de él aquel segundo mensajero de muerte.

Los arqueros aplaudieron nuevamente.

—Ahora yo, dijo Otón.

Todos fijaron en el doncel los ojos, pues la garza, si bien no fuera de tiro, estaba ya á distancia bastante considerable, y teniendo sus grandes alas aire suficiente en que moverse, volaba con rapidez que á no tardar iba á ponerla fuera de todo

peligro. Es indudable que Otón había calculado cuanto acabamos de exponer, pues hasta que hubo medido con la mirada la distancia, no levantó con lenta atención su flecha á la altura del pájaro; luego, una vez la hubo colocado á la visual, tiró de la cuerda casi hasta detrás de su cabeza, al modo de los arqueros ingleses, haciendo encorvar el arco como una varilla de sauce. Por un instante, Otón guardó la inmovilidad de una estatua, luego se oyó prontamente un ligero silbido producido por la flecha, que partió con tanta rapidez que ninguno la vió. Los arqueros fijaron los ojos en el ave, que se detuvo como herida de invisible rayo y cayó atravesada de parte á parte desde una altura tal, que parecía imposible que á ella pudiese haber llegado la flecha.

Los arqueros quedaron como quien ve visiones ante una prueba tal de habilidad, apenas creible para ellos. En cuanto á Otón, que se quedó parado para juzgar del efecto del disparo, no bien hubo visto caer la garza echó otra vez á andar sin fijarse, al parecer, en la admiración de sus compañeros, y una vez junto al ave, le arrancó del cuello las finas y elegantes plumas que forman á aquélla un penacho natural, y las puso en su gorro.

La distancia á que el pájaro cayera, medida por los arqueros, resultó ser de trescientos veinte pasos.

Ahora la admiración no se manifestó en aplausos: los arqueros miráronse unos á otros pasmados de tal prueba de habilidad; luego, como va dicho, contaron los pasos, y una vez Otón hubo adornado su toca con el copete de plumas tan maravillosamente adquirido, Frantz y Hermann, los dos arqueros que primeramente disparado habían, tendiéronle la mano con deferencia demostrativa de

que no solamente lo admitían por compañero, pero también que lo miraban como á maestro.

Los arqueros, que únicamente se detuvieron en Woringen para almorzar, llegaron á las cuatro de la tarde á Neufs, donde comieron en un santiamén; y es que á tres leguas de Neufs estaba la iglesia de la *Peña*, junto á la cual los religiosos arqueros no podían pasar sin hacer en ella una peregrinación. El doncel, que adoptó la vida y las costumbres de sus nuevos compañeros, siguióles en aquella excursión, y á la caída de la tarde llegaron á la peña santa, que no era sino una peña inconmensurable que tenía el aspecto de una iglesia.

En verdad, aquella peña fué efectivamente en otro tiempo la primera iglesia cristiana erigida en las márgenes del Rin por un caudillo germano que murió en olor de santidad, dejando siete hijas bellas y virtuosas para orar al pie de su tumba.

Era, aquel, el tiempo de las grandes emigraciones bárbaras. Impelidos por invisible mano, pueblos desconocidos bajaban de las mesetas del Asia y venían á cambiar de faz la sociedad europea. Atila, conducido por una cierva al través del lago Meotis, llegó á Alemania precedido por el terror que inspiraba su nombre. El Rin, asustado al rumor de los pasos de aquellos pueblos feroces, vacilaba en seguir su curso hacia las arenas donde desaparece, y en toda su longitud se estremecía como una sierpe inmensa. Pronto aparecieron los hunos en la margen derecha, y el mismo día de su aparición inflamóse con las llamas del incendio todo el horizonte, ó si decimos desde Colonia Agripina (Colonia) hasta Aliso, la Wesel actual. El peligro era apremiante; no había que esperar compasión alguna de tales enemigos, y al día siguiente por la mañana, en el momento en que les vieron botar al

agua las almadías construidas por ellos durante la noche con los árboles de una selva que había desaparecido, las siete hijas del germano se retiraron al templo y se arrodillaron en torno de la tumba de su padre, á quien, por el santo amor que les profesara en vida, rogaron que las protegiera después de muerto.

Las siete doncellas pasaron el día y la noche orando, y contaban ya verse salvadas, cuando al amanecer oyeron acercarse los bárbaros, que con las empuñaduras de sus espadas llamaron á la puerta de encima que cerraba la iglesia. Al ver que la puerta no cedía, unos se volvieron al burgo en busca de escalas para entrar por las ventanas, otros fueron á cortar un abeto al que despojaron de sus ramas y del que hicieron un ariete para hundir la puerta, y una vez se hubieron procurado los instrumentos necesarios á sus sacrílegos proyectos, se encaminaron á la iglesia que servía de asilo á las siete hermanas; pero al llegar á ella, puertas y ventanas habían desaparecido. La iglesia continuaba en el mismo sitio, es verdad; pero estaba convertida en una peña. Sin embargo, del corazón de aquella mole de granito partía un canto suave, triste y remiso como el canto de los difuntos. Era el cántico de acción de gracias que las siete vírgenes elevaban al Señor.

Los arqueros oraron en la iglesia de la Peña, y pernoctaron en Strump, y á la mañana siguiente anudaron la marcha, pasando el día sin más incidente que haberse unido á ellos sucesivamente nuevos refuerzos que, como ellos y procedentes de todos los ámbitos de Alemania, acudían á aquella fiesta anual, cuyo premio era, aquel año, una toca de terciopelo verde, ceñida por dos ramas de fresno de oro, sujetadas por un broche de diamantes. La

toca debía darla la hija única del margrave, la joven princesa Elena, que acababa de cumplir catorce años. No era pues de admirar el concurso de un número tan considerable de hábiles arqueros.

Como el tiro tenía que empezar inmediatamente después de la última misa, esto es á las once, la pequeña tropa determinó llegar á Cléveris á la primera hora de la mañana siguiente, á cuyo efecto resolvió pasar la noche en Kervenheim. La jornada era larga; así pues los arqueros apenas se detuvieron para almorzar y comer. Con todo eso, los viajeros, por mucha que fuese su diligencia, no llegaron á Cléveris hasta después de haber cerrado la ciudad sus puertas. No cabía pues otro recurso que pasar la noche extramuros; y mientras estaban arbitrando el modo de pasarla lo mejor posible, divisaron en la cúspide de una montaña próxima las ruinas de un castillo, que no era otro que el de Windeck.

Todos fueron de parecer que se aprovechara aquella circunstancia favorable, menos uno de los arqueros de más edad, que se opuso con todas sus fuerzas; pero como era el único que de tal suerte opinaba, y no tenía voz ni voto, mal su grado vióse constreñido á seguir á sus jóvenes compañeros, pena de quedarse solo.

La noche estaba sumamente oscura, en el firmamento no brillaba estrella alguna, y gruesas nubes preñadas de lluvia se deslizaban por encima de las cabezas de nuestros viajeros, como las olas de un mar aéreo. Un abrigo como el castillo de Windeck, por deficiente que fuese, era pues un beneficio providencial.

Los arqueros echaron silenciosamente colina arriba, y sin embargo, al rumor de sus pasos y á lo largo del sendero, cubierto de espinos, oían como

huían los animales silvestres, cuyo prodigioso número indicaba que aquellas ruinas estaban guardadas contra la presencia de los hombres por algún terror supersticioso. De pronto, los que iban á vanguardia vieron erguirse ante ellos y cual fantasma la torre primera, gigantesca centinela encargada, en otro tiempo, de defender la entrada del castillo.

El veterano arquero propuso que se detuviesen en aquella torre y se contentasen con su abrigo. En su consecuencia hizo alto la tropa, mientras uno de los arqueros echaba yescas y encendía una rama de abeto, con la que luego se alumbró para franquear la puerta.

Entonces pudo verse que los techos estaban derrumbados y que sólo permanecían en pie las paredes, y como la noche amagaba ser lluviosa, por unanimidad decidieron todos continuar el camino hasta el castillo, dejando no obstante en libertad de quedarse en la torre al veterano, que por segunda vez se negó á hacerlo, prefiriendo seguir á sus amigos doquiera que fuesen á quedarse solo y en tal noche en semejante sitio.

Siguieron pues adelante los arqueros tras un alto de algunos minutos y después de haber arrancado sendas ramas de abeto para hacer con ellas resinosas antorchas; de modo que la montaña quedó tan resplandeciente cuanto oscura estaba antes. A poco y al extremo del círculo de luz, los arqueros empezaron á divisar la triste, vaga y sombría mole del castillo, que á proporción que aquéllos iban acercándose á él resaltaba con más claridad, mostrando sus robustas columnas y sus abocinadas bóvedas, cuyas primeras piedras tal vez las pusiera Carlomagno en persona, cuando extendía desde las pirenaicas montañas hasta los pantanos bátavos la

línea de fortalezas destinadas á quebrantar la invasión de los hombres del norte.

A la proximidad de los arqueros y á la vista de las antorchas, los buhos y quebrantahuesos que habitaban el castillo huyeron aullando después de dar dos ó tres vueltas silenciosas encima de la cabeza de los que venían á turbarlos. Al ver á los pájaros nocturnos y al oír sus graznidos, hasta los más animosos se sintieron aterrorizados, pues sabían que hay peligros contra los cuales nada puede el valor ni el número. Con todo eso no dejaron de entrar en el primer patio, donde se encontraron en el centro de un extenso paralelogramo formado por edificios algunos de los cuales caían en ruinas, mientras otros, al contrario, se conservaban de un modo tanto más notable cuanto hacían contraste con los despojos que cubrían la tierra delante de ellos.

Los arqueros se encaminaron hacia la parte del edificio que les pareció más habitable, y poco después llegaron á una espaciosa pieza que parecía haber sido en otro tiempo la sala de los guardias. Las ventanas estaban cerradas por destrozados postigos que no tenían más finalidad que la de quebrantar el mayor impetu del viento; á lo largo de las paredes y en torno de la pieza, había bancos de encina buenos todavía para el uso á que estaban destinados, y por último una grandiosa chimenea ofrecía á los arqueros el modo de alumbrarse y calentarse durante su sueño. Era cuanto desear podían unos hombres nacidos para la penosa vida de la caza y de la guerra, y acostumbrados á pasar las noches sin más almohada que las raíces ni otro abrigo que el follaje de un árbol.

Lo peor para los arqueros era no haber cenado, tanto más cuanto habían caminado mucho, y la del

medio día, hora en que comieran, estaba ya muy distante; pero tal inconveniente era uno de tantos á que tenían que estar acostumbrados los cazadores. Así pues, estrecháronse los arqueros los cinturones, hicieron un gran fuego en la chimenea, y á falta de otra cosa mejor, calentáronse á sus anchas; luego colocáronse todos lo más cómodamente para entregarse al sueño, después de haber por consejo del veterano arquero tomado la precaución de hacer velar cuatro compañeros designados por la suerte, á fin de que los demás pudiesen pasar con tranquilidad la noche.

Los llamados á velar fueron Otón, Hermann, el veterano y Frantz, y las velas fueron fijadas en dos horas cada una.

En esto sonaron las nueve y media en la iglesia de Kervenheim, y Otón empezó su vela.

Poco después el doncel se encontró sólo en medio de sus nuevos compañeros.

Aquel fué el primer momento de tranquilidad que se le ofreció para departir consigo mismo. Tres días antes, á la misma hora, feliz y arrogante, hacía los honores del castillo de Godersberga á la flor y nata de la nobleza de las cercanías; y ahora, sin que él hubiese tenido arte ni parte en el cambio sobrevenido, y del cual casi ignoraba la causa, veíase despojado del amor paternal, desterrado sin saber el término de su destierro, y confundido entre hombres indudablemente honrados y leales, pero humildes y sin porvenir, de los cuales él velaba el sueño, él, hijo de príncipe, acostumbrado á dormir mientras velaban el suyo.

Estas reflexiones le hicieron pasar con rapidez suma su vela. Las diez, las diez y media y las once sonaron sucesivamente sin que Otón hubiese parado mientes en el trascurso del tiempo, y sin que

sus reflexiones se hubiesen visto turbadas. Sin embargo la fatiga física empezó á luchar con la preocupación moral, y, al dar las once y media, era ya tiempo de que llegase el fin de su vela, pues á pesar suyo se le cerraban los ojos.

Otón despertó á Hermann, que debía reemplazarlo, y le notificó que había llegado su vez.

Hermann se despertó de pésimo humor: soñaba que hacía asar un cabrito al que acababa de dar muerte, y en el momento de empezar, á lo menos en sueños, una buena cena, se encontraba en ayunas, con el estómago huero y sin probabilidad de llenarlo. Con todo eso, fiel á la consigna, el arquero cedió su sitio á Otón y tomó el que éste ocupara.

El doncel se acostó, pero sus entornados ojos distinguieron todavía por espacio de algún tiempo y de un modo vago los objetos que le rodeaban, y entre ellos á Hermann en pie, arrimado á una de las robustas columnas de la chimenea. Pronto, sin embargo, confundióse todo en un vapor ceniciento, en que los objetos perdieron forma y color, y Otón cerró por fin los ojos y se durmió.

Como hemos dicho, Hermann estaba en pie arrimado á uno de los sustentáculos de la chimenea. El arquero escuchaba el ruido del viento al chocar con las altas torrecillas del castillo, mientras á la moribunda luz del hogar escrutaba con la mirada los más oscuros rincones del aposento.

Hermann puso los ojos en una puerta cerrada y que al parecer conducía á las piezas interiores del castillo, cuando sonó la media noche.

El arquero, por más que era valiente, contó con cierto estremecimiento íntimo y con la mirada fija en el mismo punto, las once primeras badajadas, y, al sonar la última, vió como se abría la

puerta y aparecía una doncella hermosa, pálida y silenciosa, iluminada por una luz tras ella oculta.

Hermann intentó dar voces; pero como si la aparecida hubiese conocido su intención, se llevó un dedo á la boca para imponerle silencio, mientras con la otra mano le hacía seña de que la siguiese.

IV

El arquero estuvo indeciso un instante; pero comprendiendo al punto que era vergonzoso para un hombre acoquinarse en presencia de una mujer, se adelantó algunos pasos hacia la misteriosa incógnita, que, al verle venir, entró de nuevo en la pieza de que saliera, cogió la lámpara colocada sobre una mesa, fuese á abrir otra puerta, y desde el umbral de ésta, se volvió para hacer una nueva seña al arquero, que se quedara en pie á la entrada del segundo aposento. La aparecida acompañó su seña de una sonrisa tan graciosa, que Hermann dió al traste con los temores que aun le quedaban y se lanzó tras aquélla, que, al oír los apresurados pasos del arquero, se volvió por última vez para indicarle por señas que la siguiese á alguna distancia.

Hermann obedeció.

De esta suerte la incógnita y el arquero avanzaron silenciosamente al través de muchas piezas solitarias y sombrías, hasta que la misteriosa guía empujó la puerta de un aposento profusamente iluminado, en el que había una mesa con dos cubiertos. Entró la doncella, dejó la luz en la chimenea

y, sin proferir palabra, fué á sentarse en una de las sillas destinadas á los comensales. Luego, al ver que Hermann, intimidado é indeciso, se había quedado en pie en el umbral, le dijo:

—Bienvenido seáis al castillo de Windeck.

—¿Debo aceptar la honra con que me brindáis? repuso Hermann.

—¿No tenéis hambre y sed, señor arquero? proferió la doncella. Sentaos á la mesa, y bebed y comed; yo os convido.

—¿Sois la castellana? preguntó Hermann sentándose.

—Sí, respondió la doncella moviendo de arriba abajo la cabeza.

—¿Y habitáis sola estas ruinas? prosiguió el arquero mientras tendía en derredor una mirada de extrañeza.

—Estoy sola.

—¿Y vuestros padres?

—Soy la última de la familia, respondió en voz baja la interlocutora del arquero mientras con la mano mostraba dos retratos colgados del muro, uno de hombre y otro de mujer.

Hermann miró á la doncella, sin saber todavía qué pensar del sér extraño que ante sí tenía.

En esto los ojos del arquero se encontraron con los de su compañera de mesa, que estaban húmedos de ternura. Hermann olvidó por completo el hambre y la sed que le devoraban; ante sí, pobre arquero, veía á una dama noble que prescindía de su cuna y de su orgullo para recibirle en su mesa.

Hermann, joven de gallarda presencia y tal cual presumido, dióse á entender que en aquel momento se le presentaba la ocasión que de hacer fortuna se ofrece, según dicen, á todos los mortales una vez en su vida.

—Comed, dijo la doncella al arquero sirviéndole un trozo de cabeza de jabalí. Y escanciándole en un vaso de plata sobredorada un vino rojo como sangre, añadió: Bebed.

—¿Cómo os llamáis, mi hermosa hospedadora? preguntó Hermann animado y levantando el vaso.

—Berta.

—Pues á vuestra salud, hermosa Berta, continuó el arquero, apurando de un solo trago el contenido del vaso.

Berta no respondió, pero se sonrió con tristeza.

El efecto del licor fué mágico: Hermann, á su vez con los ojos chispeantes, se aprovechó de la incitación de la castellana, y la emprendió con los manjares con entusiasmo demostrativo de que aquélla no los había ofrecido á un ingrato, y que podía servir de excusa al olvido en que cayera de no persignarse como acostumbraba hacerlo siempre que se sentaba á la mesa.

—¿Y vos no coméis? preguntó el arquero á Berta al ver que ésta lo miraba sin imitarlo.

Berta respondió que no por medio de una señal y escanció por segunda vez vino al arquero; que ya en aquel tiempo las damas hermosas tenían por indigno de ellas comer y beber.

Hermann había visto con frecuencia, en los banquetes á los cuales asistiera como servidor, á las castellanas obrar así, mientras los caballeros comían en torno de ellas, á fin de dar á entender que, cual las mariposas y las flores de que ellas tenían la ligereza y el brillo, sólo vivían de aromas y rocío.

El arquero creyó que realmente era así, y continuó comiendo y bebiendo como si su hermosa comensal le acompañase sin restricciones.

Por otra parte, Berta no estaba inactiva, y al

notar que el arquero había apurado nuevamente el contenido del vaso, le escanció vino por tercera vez.

Hermann dió de lado con el temor y el encogimiento: el vino era delicioso y bien real, pues hacía en el corazón del nocturno convidado el acostumbrado efecto; Hermann se sentía lleno de confianza consigo mismo, y, al recapitular todos los méritos personales que en aquel instante se reconocía á sí propio, ya no se admiró de la ganga que le llovía; lo único que le extrañaba, es que hubiese tardado tanto en presentársele. En esta bienaventurada disposición de ánimo estaba el arquero, cuando sus ojos se posaron en un laúd colocado sobre una silla, como si se hubiesen servido de él aquel mismo día; entonces supuso que un poco de música no perjudicaría lo más mínimo la excelente cena que acababa de hacer, y en consecuencia incitó galantemente á Berta á que cogiese el laúd y cantase algo.

Berta alargó la mano, cogió el instrumento, y arrancó de él un acorde tan vibrante, que Hermann se estremeció hasta la más recóndita fibra de su corazón.

Apenas el arquero se hubo repuesto, cuando la doncella empezó con voz suave y sentida una balada cuya letra se armonizaba de tal suerte con la situación de aquél, que no parecía sino que la artista improvisaba. La balada hacía referencia á los amores de una castellana para con un arquero.

La alusión no pasó por alto á Hermann, y si le hubiesen quedado algunas dudas, la balada se los habría desvanecido; así es que á la última estrofa el mozo se levantó, y, dando vuelta á la mesa, fué á colocarse á espaldas de Berta, pero tan cerca, que cuando la mano de ésta se deslizó de las cuerdas, fué á caer en las de Hermann, que se estre-

meció, pues la mano de la doncella estaba helada. Sin embargo el arquero se repuso inmediatamente, y dijo:

—¡Ah! señora, no soy más que un pobre arquero, humilde y sin bienes de fortuna; mas para amar late en mi pecho el corazón de un rey.

—Sólo pido un corazón, replicó Berta.

—¿Luego estáis libre? se aventuró á decir Hermann.

—Sí, respondió la doncella.

—Os amo, profirió el mozo.

—Y yo te amo, exclamó Berta.

—¿Y consentís en tomarme por marido? agregó el arquero.

Berta se levantó sin responder, se encaminó á un mueble, y, abriendo un cajón, sacó de él dos anillos y los entregó á Hermann; luego se acercó nuevamente al mueble, sacó de él una corona de flores de azahar y un velo de desposada, se los puso, y, volviéndose hacia el joven, dijo:

—Estoy pronta.

Hermann no pudo menos de estremecerse; sin embargo había avanzado en demasía para no continuar hasta el fin. Por otra parte, ¿qué arriesgaba él, pobre arquero, que nada poseía, y para quien la blasonada vajilla de plata que cubría la mesa hubiera sido una fortuna?

Tendió pues el arquero la mano á su novia, y á su vez le hizo con la cabeza una señal demostrativa de que estaba pronto á seguirla.

Berta cogió con su helada mano la ardiente mano de Hermann, abrió una puerta y entró en un corredor sombrío, alumbrado únicamente por la tibia luz que la luna, salida de las nubes, proyectaba al través de las angostas ventanas abiertas de trecho en trecho. Una vez al extremo opuesto del corre-

dor, la castellana y el mozo bajaron por una escalera completamente oscura. Hermann, sobrecogido entonces de invencible terror, se detuvo é hizo ademán de retroceder; pero le pareció que la mano de Berta le estrechaba la suya con fuerza sobrenatural; por manera que impulsado en parte por la vergüenza y en parte por el ascendiente, continuó siguiéndola. Poco después parecióle á Hermann, por la impresión de humedad que sentía, que se encontraban en una región subterránea; y sus dudas sobre el particular se desvanecieron cuando á no tardar dejaron de descender y empezaron á caminar por un terreno compacto que se conocía no era otro que el suelo de una cueva.

Avanzado que hubieron algunos pasos, Berta se detuvo, volvióse hacia la derecha, y dijo:

—Venid, padre.

Anudada la marcha, la doncella volvió á detenerse, y, volviéndose hacia la izquierda, repuso:

—Venid, madre.

Continuó adelante la castellana, y avanzado que hubo otros diez pasos, se detuvo por tercera vez para decir:

—Venid, hermanas mías.

Por más que Hermann nada pudo distinguir, parecióle oír tras de sí rumor de pasos y roce de vestidos.

En esto el arquero tocó la bóveda con la cabeza; pero Berta empujó con la yema de un dedo la piedra, y la piedra se levantó, dejando al descubierto la entrada de una iglesia profusamente iluminada.

La doncella y sus acompañantes acababan de salir de una tumba y se encontraban ante un altar.

En aquel instante se levantaron dos losas del coro, y Hermann vió parecer el padre y la madre de Berta en el mismo traje que lucían en los dos

cuadros del comedor en que cenara, y, tras ellos, en la nave, salir de la misma manera las monjas de la abadía contigua al castillo, abadía que, desde hacía un siglo, iba desmoronándose piedra tras piedra.

Todo estaba pues reunido para la celebración de la boda: novios, padres y convidados; sólo faltaba el sacerdote; pero Berta hizo una seña, y un obispo de mármol tendido sobre su tumba se levantó lentamente y fué á colocarse al pie del altar. Hermann se arrepintió entonces de su imprudencia, y habría dado algunos años de su vida para encontrarse en la sala de los guardias, acostado junto á sus compañeros; pero reteníalo una fuerza sobrehumana, y, cual hombre abismado en espantosa pesadilla, no podía gritar ni huir.

Interin, Otón se había despertado y fijado naturalmente los ojos en el sitio donde Hermann velar debía; pero Hermann no estaba allí, ni persona alguna en su lugar. Otón se levantó, y recordó que en el instante en que se durmiera había visto vagamente abrirse una puerta y aparecer una dama; visión que él tomara por el principio de un sueño, al que ahora daba visos de realidad la ausencia de Hermann. El doncel volvió al punto los ojos hacia la puerta, que él recordaba claramente haber visto cerrada durante su facción y que en aquel instante estaba abierta.

Sin embargo Hermann podía haberse dormido rendido á la fatiga. Otón cogió una rama de abeto, la encendió en el hogar, y después de haber alumbrado con ella y uno tras otro á todos los dormidores, vió que no estaba aquel á quien buscaba. Entonces despertó al viejo arquero, á quien le correspondía entrar de centinela, y después de referirle lo que pasaba, le rogó que velase mientras

él salía en busca de su extraviado compañero.

—Habrà visto á la castellana de Windeck, dijo el veterano moviendo á una y otra parte la cabeza; en este caso no hay remedio para él.

Otón apremió al arquero para que se explicara; pero el arquero no quiso añadir una sílaba más. Con todo, el doncel, en vez de desalentarse sintió aumentar sus deseos de averiguación; y es que en aquella aventura veía algo misterioso y sobrenatural que de antemano su valor se enorgullecía de profundizar. Por otra parte, Otón quería á Hermann, á quien sentía hondamente perder, tanto más cuanto los dos días de marcha que con él hiciera le habían hecho estimarlo como compañero alegre y digno. Además, Otón tenía ilimitada confianza en una medalla milagrosa traída de Palestina por uno de sus mayores que con ella tocara el sepulcro de Jesucristo, y que él llevara religiosamente sobre su pecho desde que, en su infancia, se la diera su madre.

Vanas fueron cuantas observaciones hizo el veterano al doncel; éste persistió en su resolución, y, á la luz de su antorcha, entró en el aposento contiguo, del que había quedado de par en par la puerta. Todo estaba en su estado habitual en la pieza aquella; pero Otón, al ver abierta otra puerta y juzgando que Hermann había entrado por la primera y salido por la segunda, tomó el mismo camino que su joven compañero, y, como él, atravesó la larga fila de aposentos que Hermann atravesado había y que afluían á la sala del festín.

Al acercarse al comedor, á Otón le pareció oír rumor de voces; así pues se detuvo para escuchar. No se había equivocado el doncel, pero la voz no era la de Hermann. Ello no obstante, Otón se

acercó á la puerta, en la confianza de que los que conversando estaban tal vez le darían nuevas de su amigo.

Una vez en el umbral, Otón se detuvo sorprendido por el singular espectáculo que á sus ojos se ofrecía. La mesa había quedado servida é iluminada; pero los comensales eran otros: los dos retratos se habían desprendido y bajado de sus respectivos lienzos, y, sentados uno á cada lado de la mesa, conversaban gravemente como correspondía á personajes de su edad y condición. Al doncel le pareció que sus ojos veían mal; tenía á la vista personajes que, por sus hábitos, parecían haber pertenecido á una generación extinta hacía más de un siglo, y que hablaban el alemán del tiempo de Carlos el Calvo. Ello movió á Otón á prestar atención profunda á cuanto veía y oía.

—Pese á cuanto alegáis, mi querido conde, decía la mujer, sostengo que la boda que en este instante está celebrando nuestra hija Berta es desigual y que en nuestra familia nunca se había visto semejante. ¡Qué asco! ¡un arquero!

—Señora, replicó el marido, tenéis razón; pero hacía más de diez años que persona alguna había venido á estas ruinas, y Berta sirve á un señor menos escrupuloso que nosotros, y para el cual un alma es un alma... Además, puede uno vestirse de arquero y no ser villano; y si no ahí está el joven Otón, que viene para oponerse á esta boda, y nos escucha con todo descaro, y al cual voy á hender con mi espada si no se vuelve inmediatamente adonde sus compañeros.

Dichas estas palabras, el conde se volvió hacia la puerta donde estaba el doncel mudo é inmóvil de admiración, tiró de su espada, y se fué hacia él lenta y automáticamente como si caminase con

ayuda de muelles hábilmente combinados, y no de músculos vivientes.

Otón le miró venir con espanto invencible, aunque resuelto á defenderse y á sostener la lucha, fuere cual fuese el adversario. Sin embargo, al ver con qué singular enemigo tenía que haberse-las, comprendió que para defenderse no estarían demás las armas espirituales y temporales, así es que antes de desenvainar se persignó. En el mismo instante se apagaron las antorchas, desapareció la mesa, y el viejo caballero y su esposa se desvanecieron cual visiones. Otón quedó aturrido un momento; luego, como nada viese ni oyese, entró en el comedor, hacía poco rutilante y ahora tenebroso, y á la luz de su antorcha de abeto vió que los fantásticos comensales ocupaban de nuevo su sitio en sus respectivos lienzos; únicamente los ojos del anciano caballero parecían vivos aun y seguían á Otón amenazadores.

Siguió adelante el doncel, que por lo que acababa de oír juzgó que amagaba á Hermann un peligro apremiante, y al ver una puerta abierta se coló por ella, entró en el corredor, lo atravesó en toda su extensión, llegó á la escalera, bajó por ella, y se encontró en el cementerio de la abadía, al otro lado del cual vió la iluminada iglesia, á la que parecía conducir una puerta que estaba de par en par y descendía á los subterráneos; pero Otón prefirió atravesar el cementerio á pasar por debajo de él.

Entró pues el doncel en el claustro y se encaminó al templo, cuya puerta estaba cerrada; pero le bastó empujarla para que la cerradura se desprendiese de la encina; por tal manera se deshacía de vetustez la puerta.

Entonces se halló Otón en la iglesia, y vió á las

monjas, á los novios y á los padres de la desposada, y pronto á poner en el dedo de Hermann, pálido y tembloroso, el anillo nupcial, al obispo de mármol que acababa de levantarse de su tumba. Ya no cabía duda, aquella era la boda de que hablaban el viejo caballero y su mujer.

Otón metió la mano en una pila y se persignó.

En aquel mismo instante todo se desvaneció como por arte de magia: obispo, monjas, novios y padres desaparecieron; apagáronse las luces, y la iglesia retembló como si, al entrar de nuevo en sus tumbas, los muertos hubiesen sacudido los cimientos de ella; inmediatamente después retumbó un trueno, un rayo cruzó el coro, y, como herido por la chispa eléctrica, Hermann cayó sin conocimiento sobre las losas del santuario.

Otón, iluminado todavía por su antorcha próxima á extinguirse, se acercó al arquero, y, cargando con él en hombros, intentó llevárselo. En esto la rama de abeto llegó á su fin; Otón la arrojó lejos de sí y procuró ganar la puerta; pero la oscuridad era tal, que no le permitió dar con ella hasta después de media hora de andar de acá para allá chocando con los pilares, sudoriento y con los cabellos erizados al recuerdo de las cosas infernales de que había sido testigo.

En el instante en que sentó la planta en el claustro, Otón oyó pronunciar su nombre y el de Hermann repetidos por varias voces; luego y sin dilación brillaron algunas antorchas en las ventanas del castillo, y por último pareció al pie de la escalera un grupo de arqueros que se desparramaron bajo las arcadas del claustro. Entonces Otón respondió lanzando un grito en el que se agotó el resto de sus fuerzas, y, sin ellas, cayó junto al desmayado Hermann.

Los arqueros trasladaron á los dos jóvenes á la sala de guardias, donde no tardaron en recobrase y en contar cada uno de los dos lo que les acontecía.

En cuanto al veterano arquero, al oír el trueno que estallara en medio de la calma de una noche serena, había despertado inmediatamente á los dormidores y salido en busca de los jóvenes aventureros, á quienes, como hemos visto, encontró en un estado casi igual.

Los arqueros, ninguno de los cuales volvió á pegar los ojos, á la primera luz del día abandonaron silenciosamente las ruinas del castillo de Windeck y continuaron hacia Cléveris, á cuya ciudad llegaron á las nueve de la mañana.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

La liza dispuesta para el tiro del arco era una llanura que se extendía desde el castillo de Cléveris hasta la margen del Rhin. En la parte del castillo había un estrado destinado al príncipe y á su séquito; en la parte opuesta y en la orilla estaban ya agrupados los habitantes de todas las aldeas circunvecinas, aguardando el espectáculo de que iban á gozar y del que estaban tanto más orgullosos cuanto el triunfador del día debía salir de sus filas. En una de las extremidades de la pradera aguardaban ya algunos arqueros de otras partes de Alemania, en tanto que en el extremo opuesto y á ciento cincuenta pasos de distancia, el hito que debían alcanzar las flechas presentaba en el centro de un disco blanco un punto negro rodeado de dos círculos, el uno encarnado, azul el otro.

A las diez se oyó el toque de trompetas, y, cual si no esperasen más que esta señal, abriéronse las puertas del castillo para dar paso á una lucidísima cabalgada compuesta del príncipe Adolfo de Cléveris, de la princesa Elena, del conde soberano de Ravenstein y de copioso séquito de pajes y criados á caballo como sus amos, aunque la distancia que